

La infantil literatura

Carlo Frabetti*



ANNA PEYRÍ.

Carlo Frabetti, el escritor italiano afincado en nuestro país, reflexiona sobre lo que significa para él escribir para niños y jóvenes. «Cuando se me ocurre una historia», dice, «me conecto automáticamente con lo que para mí es el tiempo de las historias: la infancia y la primera adolescencia». Y añade: «Cuando escribimos para los niños reproducimos y revivimos nuestro propio descubrimiento del mundo...».

Cuando escribimos para los niños, de alguna manera reproducimos —y revivimos— nuestro propio descubrimiento del mundo, nuestros miedos, ilusiones y preocupaciones infantiles, y al hacerlo comprobamos (o lo comprendemos cada vez mejor) que no son muy distintos de los miedos, ilusiones y preocupaciones de los adultos.

Los propios cuentos maravillosos, base y cantera inagotable de la literatura infantil, muestran a las claras que la frontera entre lo infantil y lo adulto, si existe, es sumamente difusa y permeable. Como señala Lévi-Strauss, los cuentos maravillosos son «pequeños mitos» que, al igual que los grandes, responden a una prístina necesidad de explicar el mundo e intentar controlarlo. Y, en principio, no iban destinados a los niños, como es fácil ver si se prescinde de las edulcoradas versiones al uso y se acude a las fuentes originales.

Si los niños se apropian con tanta facilidad de los cuentos maravillosos, es en función del paralelismo —por no decir equivalencia— que hay entre la infancia del individuo y la infancia de la sociedad. La necesidad de explicar el mundo mediante relatos, es decir, mediante mitos, se impone cuando todavía no se han desarrollado los instrumentos conceptuales propios de la filosofía y la ciencia, o sea, cuando todavía no se ha alcanzado lo que se suele llamar, un tanto equívocamente, «pensamiento civilizado». Y en eso coinciden los niños y las mal llamadas «sociedades primitivas», por lo que algunos antropólogos prefie-

ren denominar «pensamiento narrativo» a lo que otros, siguiendo a Lévi-Strauss, llaman «pensamiento salvaje» (en contraposición al pensamiento presuntamente civilizado o domesticado).

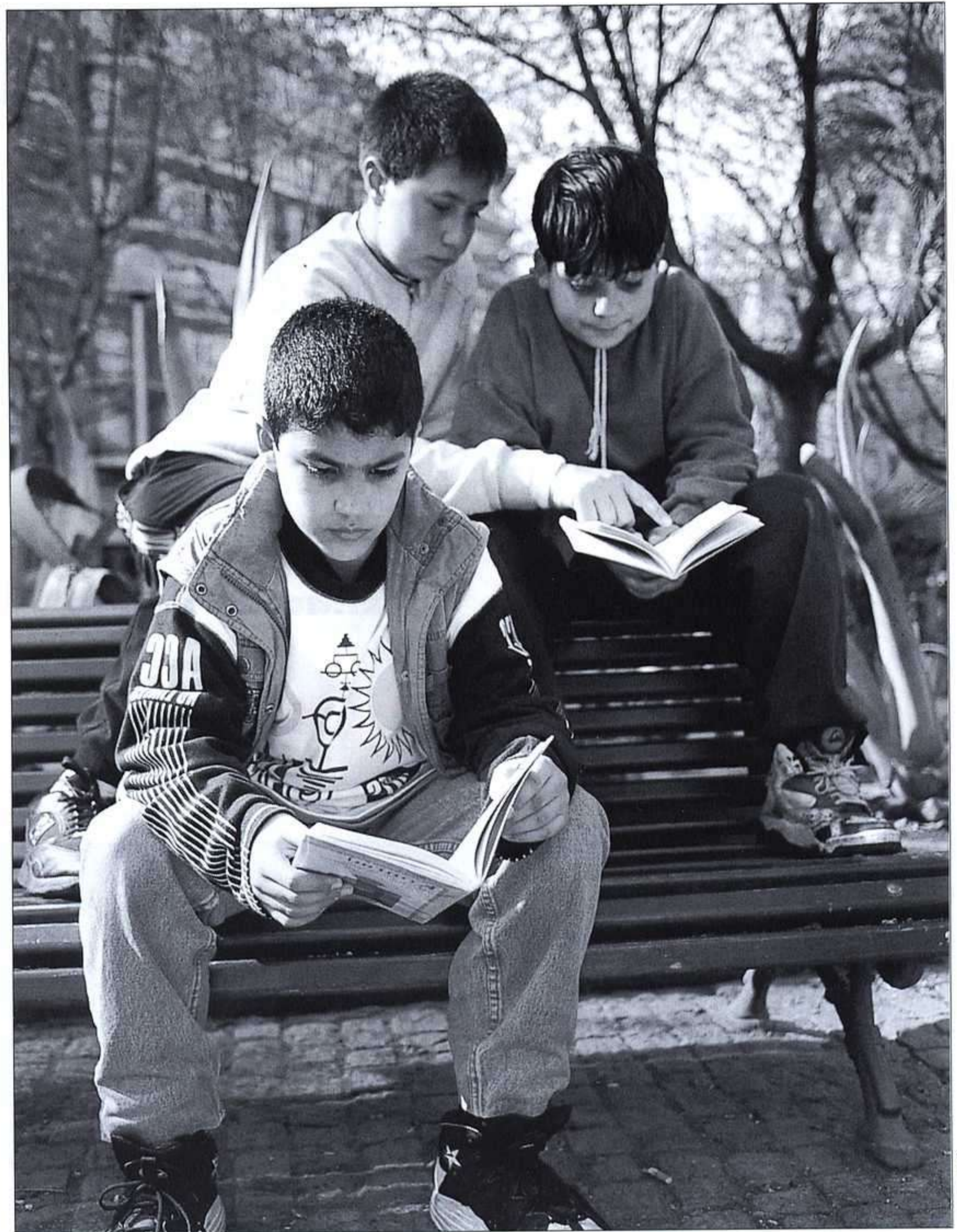
Tiempo de historias

La antinomia selva-ciudad, aunque evidente (o precisamente por ello), se presta a extrapolaciones abusivas, mientras que el binomio fabulación-especulación, además de expresar de forma más específica la bipolaridad del pensamiento humano (que, como dice Hölderlin, oscila entre la reflexión y el mito), no identifica las distintas actitudes mentales con grupos sociales o culturales concretos. La selva (en la medida en que el hombre la habita y organiza) es también ciudad, y la ciudad es también una jungla, como nos recuerda la manida metáfora. Los niños y los «salvajes» también elucubran y filosofan, y los adultos «civilizados» también fabulan y mitifican (el propio Lévi-Strauss así lo reconoce, pero sus epígonos hacen a menudo excesivo hincapié en la oposición selva-ciudad).

Tanto los individuos como las sociedades, al crecer, es decir, al acumular información y experiencia, van integrando las etapas anteriores en un esquema cada vez más amplio, aunque a veces crean dejarlas atrás. Ni los adultos dejan de ser niños ni las sociedades dejan de ser «primitivas». Y por eso es por lo que sigue habiendo literatura.

Si los individuos y las sociedades dejaran realmente atrás su infancia, sólo existiría, en la actualidad, la literatura infantil (entendiendo «literatura» en el sentido restringido de narrativa), pues los adultos prescindirían casi por completo de esa primera aproximación al conocimiento que es el relato.

De hecho, radicalizando un poco el discurso, se puede decir que sólo hay literatura infantil: «infantil» es un epíteto de «literatura», un adjetivo consustancial e inseparable, por lo que, en puridad, más que de literatura infantil tendríamos que hablar de infantil literatura (del mismo modo y por la misma razón por la que, como señala Heine, no tendríamos que decir «amor loco» sino «loco amor»).



ANA PEYRÍ

La índole básicamente infantil de algunas formas de narrativa es una evidencia que nadie discute. Por ejemplo, aunque hay excelentes cómics para adultos, alguien de más de 15 años que sólo lee tebeos nos parece un lector poco maduro. Y aunque los lectores de novelas gozan de más prestigio, alguien de más de 15 años que lea exclusivamente narrativa (lo cual es bastante habitual, dicho sea de paso), no es un lector mucho más maduro que el que sólo lee tebeos. Podemos —debemos, me atrevería a decir— seguir leyendo cuentos, tebeos y novelas toda la vida, pero hay lecturas más específicamente adultas (ensayos, textos científicos, crónicas, etc.) que, a medida que uno crece, deberían ir volviéndose cada vez más importantes.

Cuando leemos una narración, una historia, siempre lo hacemos con un pie en la infancia. Y cuando la escribimos, tam-

bién. Los autores de literatura infantil, sencillamente, lo explicitamos un poco más que los otros narradores, aunque no necesariamente como resultado de una decisión formal y un esfuerzo específico. Tal vez no podamos hacer otra cosa.

Ése es, desde luego, mi caso. Cuando se me ocurre una historia (y se me ocurren todos los días, aunque por desgracia casi nunca son buenas), me conecto automáticamente con lo que para mí (y supongo que para todos) es el «tiempo de las historias»: la infancia y la primera adolescencia. Y siento el impulso de contar esa historia a los niños y niñas que hoy tienen la edad que yo tenía cuando descubrí la literatura y gozosamente me perdí en su laberinto de espejos, lleno de esclarecedoras mentiras y trampas liberadoras. ■

*Carlo Frabetti es escritor.